

# Capítulo 18 - La Tierra de Caminos Rotos

Observando las mentes de los hombres que huían, no parecían entender que Socks era solo un gran y aterrador lobo, ni que Dirt era un niño misterioso. ¡Hè un diu! —gritaron en sus pensamientos—. Él es un dios, dedujo Dirt. O quizá es un dios, algo por el estilo.

Las imágenes que acompañaban esos pensamientos mostraban a Dirt ordenando a Socks que atacara, y mucho más además. Tortura y muerte dolorosa, de bestias malvadas que no podían mantener sus formas y que cambiaban con cada paso tambaleante. Grandes grietas en la tierra de donde salían arañas enormes; relámpagos que dejaban esqueletos humanos gritando, que caminaban y mordían a los vivos, todo impulsado por alguna gran y terrible entidad más allá del horizonte. Un dios.

Un hombre huía hacia un granero, esperando proteger a sus ovejas. Otro luchaba por mantener el control de su caballo y cabalgaba hacia las murallas, pensando solo en su compañero, quien le sonreía bajo un halo de cabellera color castaño rojizo iluminada por velas en su memoria.

Qué desastre. Entonces, ¿por dónde empezar? Socks ya caminaba hacia la fortaleza, paseando con un aire divertido y despreocupado. Planeaba asomarse por encima del muro para ver qué había adentro y qué hacía la gente.

Pero Dirt miró a la niña, que todavía permanecía en silencio donde estaba. Ella miraba al frente, sin ver, con pensamientos tan conflictivos que no sabía qué hacer. Su mente y sus sentimientos eran el enredo más complicado que Dirt hubiera visto.

Se acercó y la abrazó, palmándola sinceramente en la espalda. Ella levantó los brazos y lo abrazó sin mucha fuerza, con la mente en otra parte. En ningún lado, en realidad. Perdida.

Eso no iba a funcionar. Dio un paso atrás y agitó la mano delante de sus ojos para llamarla. Le costó varios intentos. Luego, señaló al hombre que huía, que había intentado apuñalarla, y dijo: “¿Es tu padre? Babbu? Papa? Pare?” Dirt apenas pudo verlo bien, salvo por su cálido abrigo de piel.

“Sí, hè u mo babbu,” dijo ella. “Ùn duverebbe micca purtami quì.”

“Muy bien, espera aquí un momento. Iré a buscarlo y tú podrás hablar con él,” dijo Dirt. Le dio una palmada en el brazo y sonrió con la mejor empatía posible. Ella parecía más triste que segura.

Dirt se llenó de energía y corrió tras el hombre, atravesando la nieve como un caballo. Lo agarró por detrás, casi sin lograrlo porque no fue muy silencioso, y el babbu se desplazó a un lado para

esquivar. Pero Dirt aún logró rodearlo con un brazo, lanzándolo al suelo. Luego, tomó uno de sus puños y lo empujó torpemente contra su pecho para que no pudiera lanzar un segundo golpe.

El babbu se retorció y luchaba con un terror tan grande que Dirt no pudo evitar reírse en señal de compasión, pero un Dirt cargado de mana era demasiado fuerte para él. “Buen humano! Buen humano,” —dijo, poniendo su sonrisa half-angelical—. “Todo está bien. Cálmate. Cálmate. Ahí estás. Buen humano. Buen babbu.”

Quizá había una o dos palabras que el hombre entendió o quizás captó el mensaje de otra forma. Su mente todavía contenía desesperación, y debajo, un repulsivo resentimiento hacia Biandina. Pero dejó de luchar y miró a Dirt, con sus ojos marrones que parpadeaban, poco claros, como si solo esperara una oportunidad para atacar, sin realmente ver nada.

“Mejor. Está bien. ¿vas a comportarte? ¿Buen niño?” preguntó Dirt.

“Bonu... babbu,” dijo el hombre. No estaba seguro de qué quería decir Dirt con eso. Sus pensamientos empezaron a tener más coherencia, pero eso no ayudó mucho. En cambio, solo salió un flujo constante de palabras que Dirt no lograba entender. La cara de Biandina apareció en su memoria, pero sin contexto.

Dirt se señaló a sí mismo y dijo, “Dirt. Mi nombre es Dirt. Dirt.”

“Nomen... nome? Dirt?”

“Dirt. Nome Dirt,” confirmó Dirt con una aprobación en su expresión. Luego señaló a Socks, que había cambiado de opinión y se volteó para observar, y agregó, “Nome Socks.”

El hombre asintió. “Socks.” Más que nada, parecía sorprendido de seguir vivo y de escuchar el habla humana proveniente del pequeño y aterrador monstruo.

Dirt apuntó a la niña y dijo, “¿Nome Biandina?” Acentuó la pregunta en su voz.

“E... Etiam, id est Biandina,” dijo el hombre, “hija mía.”

“Ella es mi amiga,” dijo Dirt en su idioma.

“¿Amiga... amiga? ¿Vuestro amigo?” preguntó el padre.

A Dirt le alegraba descubrir cada vez más palabras similares a su lengua, aunque resultaba extraño que todas fuesen diferentes del idioma de los camayanos. “Sí, ella es mi amiga.”

Soltó el brazo del hombre y con suavidad se bajó, luego extendió una mano para ayudarlo a levantarse. El padre rodó y saltó a sus pies, esperando correr hacia el fuerte ahora que tenía una oportunidad.

Pero no lo hizo. En cuanto se dio vuelta, casi chocó con el hocico de Socks. El cachorro gimió ligeramente. Solo un leve gruñido, pero suficiente.

Dirt tomó la fría y áspera mano del hombre y lo condujo hacia Biandina, que no se había movido de ese lugar.

“Tu hija,” indicó. “Mi amiga. Aunque en realidad no la conozco muy bien, ya que hablamos idiomas diferentes. Pero supongo que eso no importa, ¿verdad? Hija. Amiga,” insistió Dirt, señalando, solo para asegurarse de que el padre entendiera.

Ella habló, con voz tímida y resignada. “Aghju purtatu un diu, Babbu. Mi dispiace.”

“No,” respondió Dirt con tono severo. “No soy un dios. ¡No un diu! Soy un niño. Mi nombre es Dirt.”

Dos de los otros jinetes habían logrado controlar a sus bestias y ahora observaban desde la distancia. Esperaban tener que intervenir para salvar a su humano, pero no querían ser los primeros en actuar.

“Vallà a la tomba. Non perseguità micca, figliola,” dijo el padre, con una voz que no transmitía miedo, sino repulsión y desesperación.

“Non sò micca mortu. U picculu diu m'hà salvatu. Non sò micca mortu, ma ùn sò micca perché,” ella dijo, casi en susurro. Sus ojos estaban ahora muy abiertos, llenos de temor, como su padre.

¿Mortu? Esa palabra parecía su forma de referirse a la muerte. Entonces eso era lo que tenía en mente el padre. Ahora tenía sentido, cuando Dirt lo entendió. La repulsión provenía de que pensaba que ella era un cadáver ambulante.

Dirt suspiró y levantó la camisa desgarrada y ensangrentada de ella para mostrar las heridas en su abdomen, aún rojas y adoloridas, pero ya cerradas y sin secreciones. “Mira, ¿ves? Se lastimó con ese pájaro, pero ahora sanará. No va a morir.”

Señaló los agujeros de las garras en sus pantalones y luego en su hombro, mostrando todos los lugares donde había sido herida.

Socks decidió que ya había tenido suficiente y se comunicó con la mente, fuerte y claramente para que todos pudieran oír. La imagen que envió fue de Biandina muriendo y floja entre las garras del gran pájaro, luego Socks lamiendo sus heridas, y luego sanando y recuperándose. Al final, mostró a su lindo Dirt acariciando su cabeza, dejando muy claro que Dirt era su mascota, no al revés, y que ella seguía siendo solo una humana.

El babbu quedó confundido, pero pronto recuperó la lucidez. Solo bastó una mirada a Socks para entender qué había ocurrido, y Socks no había puesto mucha dificultad en ello. El enredo de pensamientos era muy claro respecto a quién pertenecía. Y así, en un instante, todo cambió en su mundo interior. Ya no consideraba a Dirt un dios hereje que los destruiría, sino a un simple humano que un lobo tenía como mascota.

Su alivio era evidente, pero no completo. Su cuerpo pareció desfallecer mientras se relajaba y exhalaba un suspiro profundo. Aún conservaba un dejo de hielo en sus ojos; su mente ponderaba implicaciones lejanas más serias que un simple lobo curioso, pero hizo señas a los demás para que

se acercaran.

Biandina susurró: “Mi salvavida sin saber qué pasaba.”

El babbu asentó y bajó la cabeza, cerrando sus ojos. Pensaba con intensidad, lo que provocó una pequeña sonrisa en Dirt. Entendió de inmediato por qué lo hacía: cerrar los ojos y pensar con énfasis facilitaba distinguir quién estaba hablando. No podía simplemente marcar con su olor como lo hacían los lobos.

Se esforzó en pensar solo en imágenes y emociones, pero no logró hacerlo completamente. Imaginó a Biandina alejándose, tomando un camino diferente al de Socks. Agregó unas explicaciones en un flujo apresurado de frases que ni el niño ni el lobo comprendieron, pero cuyo significado general era claro: Debe desaparecer.

Socks gruñó y el hombre se quedó pálido y se detuvo en seco. Los caballos retrocedieron, y sus jinetes tuvieron que acariciarlos para mantener la calma. El cachorro envió una imagen de colocar a Biandina en los brazos de su padre como un regalo, y el hombre rechazó la idea arrojándola en la nieve.

— Maldición — susurró el hombre, luchando por encontrar una forma de explicarlo sin palabras.

— ¿Oh, maldita? — dijo Dirt. La palabra era casi igual que la suya: maldita. Decían que ella estaba maldita. Sintió un estremecimiento de asco. Brujería. Disparates. ¿No era así? Era una opinión que persistía desde los tiempos de viejo Avitus.

— ¡Sí, está maldita! Ella hizo un sacrificio y rezó a un dios — exclamó el babbu, con voz suplicante.

Socks soltó un resoplido divertido. — Estos humanos son tontos — le dijo a Dirt. —¿Por qué se preocupan por una maldición, cuando aquí nada intenta matarlos?—

— Empiezo a pensar que la tontería es una marca de mi especie — respondió Dirt —.¿Las maldiciones son reales?—

— No lo sé, pero Mamá nunca nos habló de ellas si existían — dijo Socks. Luego envió otra imagen mental, lo bastante fuerte para que todos en la fortaleza la percibieran. Mostraba a Socks y Dirt paseando en busca de algo que hacer, luego viendo cómo llevaban a Biandina, después peleando y matando pájaros, hasta encontrarla viva, y a él lamiendo las heridas casi fatales de Biandina. Luego Dirt proporcionándole agua y su recuperación. El mensaje era similar al anterior, pero su significado difería. Quería decir: “Es increíblemente afortunada para alguien que está maldita.”

El babbu y Biandina compartieron la misma reacción, igual que los hombres cercanos: ninguno deseaba discutir con Socks, pero todos pensaban que ella estaba maldita. Todos decidieron de forma simultánea complacer al cachorro y darle lo que quería, hasta que se marchara. Después, Biandina partiría otra vez, y con suerte, sería antes de que fuera demasiado tarde.

— Mis hermanos deben visitarme de vez en cuando, para que estos humanos entiendan qué soy y cómo hablar conmigo — dijo Socks. —Me pregunto si este es su territorio y permiten a los humanos

vivir aquí, o si salen de su terreno de vez en cuando para conocer cosas nuevas—

“Espero que no estén criando a la gente para comerla,” dijo Dirt.

—Lo dudo. Los humanos tardan demasiado en crecer, y no tienes suficiente carne para hacer buen ganado,— dijo Socks, lo cual, sinceramente, fue una de las cosas más tranquilizadoras que había dicho en mucho tiempo.

“No creo que tengan mucha experiencia con los lobos, o no habrían pensado que tú me pertenecías en primer lugar. Sospecho que solo tienen historias viejas que les dicen qué hacer. Si alguna vez aprendemos a hablar con ellos, podremos preguntarles,” dijo Dirt.

Ahora los hombres estaban considerando sus reservas de comida y preguntándose si tenían suficiente para alimentar al lobo, mientras Biandina intentaba decidir si siquiera se atrevía a entrar en la fortaleza y enfrentarse a la gente adentro. Su madre estaba allí, junto con sus hermanos y amigos, y el anciano y la anciana que probablemente estaban a cargo.

El estómago de Socks seguía lleno tras haberse atiborrado de carne de ave ayer, pero les envió una imagen mental de darle a Dirt un trozo de pan para que comiera, y de Dirt saludando a otros niños.

“Pensu chì aviti a fame,” dijo el padre a Dirt y Biandina. Él los hizo señas para que lo siguieran y, con cortesía, se apartó de Socks para volver a la fortaleza.

Socks averiguó a qué jinete pertenecía la mente del caballo del hombre y le indicó que regresara, cosa que hizo, para sorpresa de los otros jinetes. Babbu lo tomó de las riendas, optando por caminar en cambio.

Solo Biandina no se movió. Intentaba mantener su rostro impassible, pero no le salía. El conflicto en su corazón era evidente, incluso sin conocer exactamente sus pensamientos, que Dirt en su mayoría podía entender.

Y al parecer también su padre, porque dijo: “Vuelve a nosotros, hija. Parece que no hemos escapado de nuestro destino, todo lo que puede ser.”

Ella asintió, pero titubeó, por lo que Dirt le tomó la mano y la empujó hacia adelante. El sobresalto le causó pequeños pinchazos de dolor en todo el cuerpo, ya que todavía no estaba completamente recuperada.

—Te llevaré yo,— dijo Socks. —Tus pequeñas piernas no soportarán esta nieve.— Levantó a Dirt y a Biandina y las llevó a su espalda, impaciente por avanzar. Dirt vio en su mente que estaba oliendo cosas que quería examinar desde dentro de los muros de la guarnición.

La niña miró hacia su padre, con la esperanza en su mente de que no se asustara al verlo, pero él ya no se sorprendía por nada en este momento. Se montó en su caballo y murmuró a uno de los otros jinetes. Este aceleró, probablemente para avisar a todos que estaban llegando.

El grupo avanzaba con gravedad y sin alegría hacia la fortaleza, algo muy diferente a lo que Dirt había imaginado. Él había esperado principalmente temor, porque Socks estaba allí, o alegría, porque habían traído a Biandina de regreso. Pero ninguno de estos sentimientos prevalecía. Solo un silencio sombrío. Una inquietud.

Desde la tormenta de nieve, casi nadie había estado fuera de las murallas, como evidencian los pocos senderos en la profunda nieve. Socks abrió un sendero limpio y fácil para ellos, más ordenado que el que habían dejado los caballos unos momentos antes, hasta que llegaron a la puerta.

Una gran puerta de barras de hierro entrecruzadas se abrió hacia afuera, y otra de madera gruesa giró hacia adentro para permitir el paso. Ambas parecían peligrosamente antiguas. La apertura tenía aproximadamente el tamaño de la puerta del palacio del duque, solo lo suficiente para que pasara un carrito. Nada comparado con las puertas de Ogena, que eran lo suficientemente amplias para que saliera un ejército.

Para la sorpresa de Dirt, cuando echó un vistazo, el interior se presentaba sombrío y tenue a pesar del cielo despejado y la luz del sol. No fue sino hasta que Socks se agachó y se deslizó por entre las estructuras que vieron la razón: todo el puesto avanzado estaba cubierto por una red de malla. Esta colgaba peligrosamente bajo el peso de la nieve derretida, aunque los huecos en la malla medían apenas medio pulgada de ancho.

Los soportes, colocados a intervalos regulares, sostenían toda la estructura, y en esos puntos había orificios por donde escapaba el humo, también siendo la fuente principal de luz en el interior. Esos puntos brillaban más que los faroles. La nieve sobre la malla bloqueaba la mayor parte del sol, dejando un resplandor tenue y de aspecto irregular que lograba filtrarse.

El calor proveniente del interior del refugio ya había comenzado a derretir la nieve, generando lluvias constantes en todas partes. La mayor parte del agua caía desde el centro de las zonas hundidas, debajo de las cuales se acumulaban extrañas bañeras hechas de piel y hueso, que se iban llenando lentamente. Sin embargo, todo permanecía húmedo y frío.

A medida que sus ojos se acostumbraban, encontró rápidamente a las personas. Hombres, mujeres y niños, todos con expresiones de curiosidad y rostros bronceados por el sol. Se mantenían de pie o sentados sobre gruesos almohadones para no tocar el suelo húmedo, y con tanta gente agrupada el ambiente resultaba algo cálido. Ninguno llevaba aquellos grandes abrigos de cuero relleno de piel, prefiriendo vestimentas más sencillas en el interior. Sus ropas recordaban a las de los Camayans, aunque con más lana que lino, decoradas con patrones en zigzag.

No había caminos. El puesto no era lo suficientemente grande para requerirlos. En su lugar, estrechos senderos serpenteaban entre el enredo de chozas y tiendas cubriendo cada rincón disponible. El olor era tan intenso como una plaza de mercado en plena mediodía, con tantas personas viviendo en tan estrecho contacto.

Al igual que en Ogena, la luz de tantas mentes dificultaba distinguirlas claramente. Pero a diferencia de Ogena, si reducía sus propios pensamientos como para esconderlos, las superposiciones también se atenuaban y podía diferenciarlas. Al menos, las cercanas. La mayoría

mezclaba curiosidad y asombro, pero Socks podía percibir en el aire un aroma ácido de miedo. Dirt olfateó y se preguntó si también podía olerlo, o si estaba imaginando cosas.

—Este lugar está demasiado lúgubre. No hay sitio para que pueda recostarme sin aplastar a un ser humano o a una pequeña vivienda —se quejó Socks.

El gran cachorro tenía razón. No cabía prácticamente espacio, al menos no cerca de la entrada. Dirt se levantó y subió a la cabeza de Socks, logrando tocar las partes bajas del toldo que cubría el techo. Desde allí, vio un área despejada a unos cien pasos más adelante. Eso servía. Socks se encaminó en esa dirección, moviéndose con cautela.

Incluso cuando las enormes garras del cachorro aterrizaron a solo un par de pasos, nadie produjo ningún sonido. La multitud permanecía sentada y en silencio, salvo algunos bebés y niños pequeños que gritaban, o un niño que hacía preguntas solo para ser rápidamente callado por un padre. A Dirt le resultaba verdaderamente inquietante. Parecía que los arqueros que los atacaron en Ogena habían sido más hospitalarios que esto. ¿Qué estaría haciendo toda esa gente?

—Están asegurándose de no molestarme ni asustarme. Los lobos no gustan lugar donde hay demasiado ruido o alboroto, a menos que seamos nosotros quienes lo provoquemos. Yo soy una excepción porque estoy acostumbrado a ustedes, pero si aquí estuviera otro lobo, sería conveniente ser cautelosos —explicó Socks—. Ellos difunden la noticia rápidamente. Me pregunto cómo. —

—Me pregunto cómo conseguiremos que acepten mantener a Biandina. ¿Crees que hay algún otro problema que podamos resolver mientras estamos aquí?— preguntó Dirt. Observando a su alrededor, parecía que no serían muy abiertos, pero quizás eso cambiaría después de que llegaran a conocerse.

—No lo sé, pero no son muchos. Serían muy tontos si nos rechazaran—, respondió Socks.

—Esperemos que surja algo que podamos solucionar antes de que tengamos que partir de nuevo—, dijo Dirt.

Finalmente, atravesó la multitud y llegó a un espacio abierto frente a la Principia, que permanecía en pie a pesar de los siglos. Cualquier fachada o adorno que alguna vez tuvo el edificio había desaparecido y muchos de los bloques originales habían sido reemplazados por ladrillos mucho más endebles, pero la forma seguía siendo la correcta. Era el único edificio digno en el lugar, la única estructura que no había sido ensamblada con piezas de fortuna que los habitantes locales cuchareaban sin cuidado.

La era que debería estar junto a él, la granero, desaparecía, al igual que los cuarteles del comandante, lo que le recordaba a Dirt que el Imperio Sunset todavía estaba ausente. Este era el cadáver de un lugar habitado por personas que no lo entendían, no una isla de cultura antigua que había perdurado.

Había suficiente espacio abierto frente a la Principia para que Socks se sentara y, finalmente, lo hizo, desplomándose para descansar con una falsa sensación de cansancio que pretendía

tranquilizar a los humanos. Si eso ayudaba, solo lograba un poquito más.

Dirt se bajó y ayudó a Biandina a descender, y cuando sus pies tocaron el suelo, ella se escondió casi detrás de Dirt, en una manera que le recordó cómo Màxim siempre se paraba tras Èlia hasta que se familiarizaba con Socks. Dirt sonrió suavemente ante eso. ¿Alguna vez se encontrarían Èlia y Biandina, se preguntó?

La multitud cerca de la puerta se desplazaba hacia el interior, volviendo a sentarse en silencio para no causar ofensa. Eso hizo que Dirt sintiera como si estuviera en un funeral, en la parte más aburrida de uno. Lo cual era un pensamiento curioso. ¿Qué pasa en un funeral?

El padre de Biandina pasó montando su caballo hacia un establo cercano, dejando a ella y a Dirt allí, simplemente de pie, mirando a la multitud.

Dirt observó con su vista mental todo lo que pudo, intentando captar el ánimo general de las personas y aprender algo. Muy poco, más allá de lo que podía ver con sus ojos. Curiosidad, nerviosismo y demás.

Pero había una mente que destacaba entre las demás. No porque fuera más brillante, sino por alguna forma o contenido que llamaba su atención. Se concentró en ella, preguntándose qué sería, y reconoció una vacuidad antinatural. Una familiar, propia sólo de las cosas más miserables.

—Oye, Socks—, pensó Dirt, —una de estas personas está muerta.

---

Revision #1

Created 16 May 2026 06:51:37 by Diana Prince

Updated 16 May 2026 06:51:40 by Diana Prince